

PRÓLOGO

CÁDIZ, 11 DE FEBRERO, AÑO DEL SEÑOR DE 1810

El Atlántico tenía aquel día un azul escandaloso, como si comprendiera la excepcionalidad de los acontecimientos y los miles de ojos que había puestos en él. La calle era una verbena, y el bullicio amortiguaba el sonido de las botas en el adoquinado y el retumbar del fuego de artillería a lo lejos. En Matagorda, el fuerte de San Luis o el Trocadero. Su estruendo y las luces fulgurantes de los proyectiles parecían, más que una amenaza real, un espectáculo pirotécnico de bienvenida.

En la bahía, un bosque de banderas ondeaba, orgulloso, en sus mástiles, el de los buques británicos que venían a socorrer a España y llevaban dos días fondeados al abrigo de las bombas napoleónicas frente al arsenal de la Carraca. En breve comenzaría el desembarco de los distintos regimientos aliados —ingleses y portugueses— que se sumarían a la defensa de Cádiz, y una multitud de curiosos se había volcado a recibirlos.

Los más aguafiestas hacían apuestas sobre cuánto duraría aquella alianza contra natura entre eternos enemigos mientras las muchachas lucían sus mantillas de encaje camino del desfile que arrancarían en la explanada del Mentidero. Los aliados británicos —a los que después de meses de largas se había permitido desembarcar— serían recibidos con todos los honores por las autoridades locales. La Regencia pretendía apagar el enfado monumental de lord Wellington después de haber obligado a sus naves a regresar a Lisboa hacía unos meses. Aquello había sido un error estratégico, y ahora los hechos lo venían a corroborar.

Asumir que necesitaban la ayuda de aquellos tocapelotas ingleses había sido un trago amargo que había provocado un carrusel de disputas entre los mandatarios hispanos. Todavía sangraba la herida de Trafalgar, en donde muchas familias gaditanas habían perdido a sus hijos. Era muy difícil confiar en quien, hasta hacía bien poco, había sido el enemigo a quien había que batir. El Anticristo. Los

más reacios habían sacado a relucir en los debates el largo listado de despropósitos, guerras y puñaladas traperas dadas por la pérfida Albión. Desde el humillante repudio a Catalina de Aragón hasta Drake; de la Armada Invencible hasta el reciente apoyo a los rebeldes americanos...

Los más sensatos intentaban reconducir la situación siendo más pragmáticos. Cuando uno está con el agua al cuello es más inteligente olvidar viejas rencillas y coger la mano que se le tiende. Finalmente había sido esta opción la que se había impuesto, y los ingleses habían fondeado, junto a la Marina española, con todo su poderío y su flema, en la bahía de Cádiz.

Su llegada había causado expectación y había levantado la moral a una ciudad que se veía luchando sola contra Bonaparte. La presencia inglesa no sería testimonial, sino determinante. Era alentador que hubiesen contestado con brío desde el primer momento al fuego de las baterías enemigas que se habían extendido a lo largo de todo el litoral gaditano como una mancha de aceite. L'Armée du Midi del mariscal Soult no lo tendría ya tan fácil; la balanza entre defensores y atacantes se equilibraría y Cádiz podría afrontar un largo bloqueo.

Blanca de Malvar conocía al dedillo aquellos dimes y diretes. Si los ingleses entraban o no, si mengano o zutano votaba a favor o en contra... Cádiz era una ciudad chismosa donde los rumores sazocaban la prensa, la calle o los cafés. En la tertulia de doña Frasquita Larrea no se hablaba de otra cosa desde hacía tres días. Su marido, Nicolás Böhl de Faber, cónsul de la Liga Hanseática, era socio en el negocio de la exportación de jerez de James Duff, su colega consular británico, y del cuñado de este, Thomas Osborne. Sabía bien de qué iba la cosa, estaba puesta al día. El grupo que se reunía por las tardes allí tenía acceso a información privilegiada y a mil conjeturas con las que tejer el día a día, con que entretenerse, mientras ella tomaba buena nota, por la cuenta que le traía.

Romina de Solís les había contado el día anterior cómo en su hacienda de Puerto Real los franceses estaban utilizando sus elegantes dependencias, tapizadas en brocado japonés, de almacén de munición. Guiomar de Soto, que le habían volado uno de sus molinos y le habían matado a dos de sus empleados. El camino de postas a Madrid llevaba semanas cortado; por el Guadalquivir bajaban

ya más muertos que por el Ganges, y los monasterios habían quedado clausurados y habían dejado en la calle a miles de religiosos que, sin saber qué hacer, se estaban sumando a las partidas guerrilleras que infestaban el país.

La insurgencia —como los franceses llamaban a esos grupos de resistencia contra la ocupación extranjera— era cada vez más fuerte en las serranías de Ronda o Grazalema. En los bosques y las marismas. Se reproducían por ósmosis. Se multiplicaban como setas sembrando el caos. La violencia era una espiral que se retroalimentaba a sí misma.

—¡Son unos malditos bastardos! ¡Menos mal que los trabajos en la Cortadura marchan bien! Mi marido dice que no podrán entrar en la ciudad —concluyó la Solís mientras merendaba con sus comadres una taza de chocolate cuyo intenso aroma habría podido fundir un obús.

La ciudad se preparaba para un largo asedio, y el fervor patriótico era lo que tocaba esos días. En las tertulias femeninas la guerra también lo empapaba todo; no se hablaba de otra cosa. De eso, y de lo guapos que estaban sus hombres con aquellos vistosos uniformes que la Junta de Damas había conseguido para el Cuerpo de Voluntarios Distinguidos o el de las Milicias Urbanas. De la escalada de precios, de las insignes aristócratas que estaban llegando huyendo de la zona ocupada sin nada; del torrente de inmigrantes que estaba entrando por sus fronteras, de las fincas de recreo que estaban siendo demolidas en la zona del Arrecife para despejar la zona de tiro, de los carros que todos los días pasaban casa por casa exigiendo a los vecinos que donaran el hierro que tuvieran: rejas, ventanas, portones, para fabricar munición...

A golpe de titulares y proclamas patrióticas de diarios como *El Mercantil* o *El Conciso*, Cádiz había comprendido, estupefacta, que estaba aislada. Más sola que la una en esa moderna réplica de David contra Goliat. Ellos contra el todopoderoso Napoleón. Los vecinos llevaban días encaramados a sus azoteas catalejo en mano, oteando el horizonte, rastreando como indios las señales francesas, leyendo el humo de sus morteros, observando sus maniobras... Por la noche se divisaba con nitidez la extensión de sus fuegos de campamento a lo largo de todo el arco de la bahía desde Sanlúcar a Chiclana. *Imitatio dei*, el chisporroteo de sus disparos competía con el

terso firmamento cuajado de estrellas del Estrecho, inmutable ante tan frenética actividad humana.

Si por tierra habían quedado incomunicados con el resto del país, la única posibilidad de recibir avituallamiento y de defenderse vendría del océano: de ahí, la necesidad de contar —una vez caída Sevilla meses atrás— con una armada potente. Como la española seguía diezmada desde lo de Trafalgar solo cinco años antes, no había dado tiempo a reponer los barcos perdidos, y la situación obligaba a sumar a la inglesa. En una operación delicada pero fundamental para impedir a los franceses apoderarse del único pedazo de territorio libre que quedaba en el continente europeo. El bando del regente anunciando que se aceptaría finalmente la ayuda británica, hecho público hacía dos días, había generado alivio.

—¡Ayyy, ama! Si no se apresura, no llegará a la gala —le dijo a Blanca de Malvar Antoñita, su doncella, con su cerrado acento andaluz—. Vuelva a casa, olvídense del desfile y póngase reguapa; que se enteren esos *guachi guachi* —comentó con sorna refiriéndose a los británicos— de lo que valen las españolas. Ya tendrá tiempo usía de verles la cara a esos *ingreses* esta noche. Total, *pa* lo que...

—Calla ya —contestó el ama, algo destemplada—. Tengo que ver el desfile, saber qué pasa... —dijo sin mirar atrás, donde su criada, más gruesa, marchaba sin resuello.

—¡Quilla, qué agria es *usté*! —replicó, resuelta, la sirvienta, que no pareció dar mayor importancia al tono desabrido de su dueña, y resopló. La conocía de siempre, y sabía que debajo de aquel carácter distante que se empeñaba en mostrar a todo el mundo seguía viva la misma niña que fuera antaño risueña y de buen corazón. Lástima que los golpes de la vida, y una severa educación, hubiesen oscurecido su verdadero genio.

—Ya está listo el vestido de esta noche, y no necesitaré mucho tiempo para acicalarme. Mientras mis tías y Elsa andan con sus labores patrióticas, nosotras observaremos de cerca qué se cuece por aquí... —dijo Blanca a su sirvienta, que se limitó a anudarse con fuerza la pañoleta y saludar a unas conocidas.

—Mire que es pendeja la hija de la Reme —le susurró en la oreja refiriéndose a una de ellas para luego volver a la conversación anterior—. ¿Observar el qué, ama? Esto no es *pa* *usté*. Es *pa* las niñas en edad casadera, ¡ya me entiende! Con lo apuesto que es don

Fernandito, no necesita fijarse en esos emplumados. ¡Más quisieran esos llegarle a la altura del zapato al señorito! Su novio sí que es bonito, y más *salao* que... —siguió la criada sin que su señora le prestara atención, mientras ambas avanzaban por entre la riada de gaditanos que desbordaba las calles aledañas al puerto.

Después del desfile, la Regencia había organizado un acto de más alto nivel para los mandos británicos. Asistirían oficiales, diplomáticos, el nuevo comandante en jefe inglés...; se despediría al embajador y ministro plenipotenciario, Bartholomew Frere, y se daría la bienvenida al nuevo, a sir Henry Wellesley, hermano de lord Wellington... A esa cena había sido invitada *la crème de la crème*. Había quien incluso había pagado dinero para conseguir una invitación, y solo el que fuera alguien en Cádiz podría asistir.

La gala debería haberse celebrado en el palacio del Pontón, pero los ingleses habían insistido en hacerlo en su propia embajada. Desde el día anterior, numerosos carros con suministros de alimentos, flores, guirnaldas y tablonos de madera entraban y salían de las dependencias del Palacio del Obispo, como se conocía al edificio ocupado ahora por ellos, para engalanar el recinto.

Uno de los callejones que daban acceso a él había sido acordado, y una multitud de curiosos llevaba horas sin otra cosa que hacer que retransmitir los pormenores del montaje. Dos soldados con sus típicas casacas y sus *kilts* montaban guardia en la puerta ajenos al vecindario, dado que desconocían el idioma. Alguna lagarta ya había comentado cómo les metería mano debajo de sus faldas para ver si tenían «tantos cojones como presumían», si eran tan valientes, lo que provocó las risas de las presentes.

Blanca no había tenido problema para conseguir invitación a la recepción. Como vizcondesa de Malvar, era una de las mujeres más distinguidas y ricas de la ciudad. Tanto ella como su prometido eran dos de los miembros más relevantes de la vida social gaditana. A sus veinticuatro años, era del dominio público su próxima boda con Fernando de Soto y Donate, caballero de una posición social y económica similar, con quien llevaba prometida desde su niñez. En Cádiz, los maledicentes se habían preguntado más de una vez por el motivo que había impedido que ambos se hubiesen casado ya, que le dieran a lo del bodorrio tantas vueltas. La conclusión mayoritaria era que existían causas circunstanciales:

el misterioso arrebató de melancolía que ella había sufrido hacía unos años; la vida disoluta del prometido en Madrid; la muerte inesperada del vizconde, padre de Blanca, el luto, la guerra... En fin, una concatenación de inconvenientes, pero la boda se había fijado ya para finales de ese año. Y muchos de los que los criticaban andaban ya confeccionándose el traje para el que sería uno de los acontecimientos sociales de la temporada..., si es que el asedio no lo echaba a perder.

—¡Buñuelos, papas *asás*, *durce* de *argodón*! ¡Mi *arma*, cómprame *argol*! —gritó desde su puesto callejero una gitanona con una trenza que parecía un amarre de barco.

Señora y sirvienta se sumaron a la marabunta que se derramaba por las calles de Benjumea y de Rosalía hasta el parque de La Alameda. Una nube de mantones, peinetas, bonetes de terciopelo, pañuelos atados a la cabeza, tricornos y sombreros calañeses ocultaba la calzada. Algunos, incluso, se habían subido a las murallas para conseguir mejores vistas y esperaban espionando los disparos de los cañones Villantroy desde las Cabezuelas.

Se estaba levantando marejadilla y el mar andaba picado y hacía que se bambolearan los pequeños jabeques y faluchos del puerto, las lanchas bombarderas de las fuerzas sutiles, las naves guardacostas. El oleaje mordía el muro del malecón y un reguero de gotas salpicaba a los más imprudentes y osados. A lo lejos comenzaba a oírse ya la música de las gaitas escocesas como un rumor discontinuo, a bocanadas. Blanca aceleró y se situó en el primer hueco disponible mientras unas lugareñas la empujaban a codazos para abrirse paso en esa selva de gente.

—¡Fuera de aquí, zarrapastrosas! ¡Válgame Dios, cuánto sin oficio tenemos por aquí! Ama, tenga cuidado, que aquí nos afanan rápido la bolsa —comentó Antoñita refiriéndose a todos los buscavidas que habían terminado recalando en Cádiz esos días. También lo habían hecho nobles o hacendados que habían perdido sus propiedades al quedar estas en zona controlada por los franceses. Exiliados políticos, profesionales en busca de clientes, soldados que llevaba meses sin cobrar y se había desplazado hasta allí con la esperanza de que la Regencia les saldara sus pagas atrasadas o los destinara a algún sitio más provechoso, mutilados y heridos, viudas de guerra...

Muchos cuerpos y regimientos militares habían quedado tan destrozados que los supervivientes o se habían sumado a las guerrillas o, si eran menos aventureros, habían viajado a Cádiz para ponerse a disposición del gobierno rebelde. También se contaban por cientos los oficinistas y administrativos que habían mudado de corte, habían dejado Madrid —ahora en manos del rey francés José I, hermano de Napoleón— y se habían puesto al servicio del regente, el general Castaños. Junto a estos tipos, más o menos decentes, habían llegado por miles fulanas, ladrones, vividores, fulleros, contrabandistas y gentuza de todo pelaje y de toda condición. No había pensión que no estuviese a reventar, y eran muchos los particulares que estaban haciendo el agosto con los recién llegados, alquilando sus casas o cuartos —incluso azoteas— a precios desorbitados. Muchos se tenían que conformar con vivir debajo de un puente.

—Ihhh, ihhh, ihhh...

Las gaitas se acercaban. La música llenaba la atmósfera de una energía intangible. Los tambores y trompetas resonaban mezclados con el crepitar de la fusilería gala. La calle era un *totum revolutum* acústico a esas horas.

Desde el apretujado rincón donde Blanca y Antoñita se habían acomodado, la muchedumbre aplaudió al ver aparecer al primero de los regimientos del desfile. El estandarte que llevaba el soldado que marchaba en cabeza decía «REGIMIENTO 79° CAMERON». Los *highlanders*, con sus altos penachos negros, sus casacas de cuello alto y sus *kilts*, fueron vitoreados; les siguieron otros escoceses, los del regimiento 94°, según atinó a ver Blanca entre aquella maraña de cabezas que tenía delante; después los fusileros irlandeses, el 88° de Gibraltar, los artilleros reales y el Essex Regiment. Cerrando la marcha, los portugueses del Regimiento 20° de Infantería de Campo Mayor.

El viento empezaba a resultar molesto y a robar sombreros. Aquel 1810 estaba siendo lluvioso y desapacible. Llorón. Blanca se arrebujó en su chaquetilla *Spencer* de terciopelo, se calentó las manos en el manguito y, una vez concluyó el espectáculo —con los pies machacados de tantos pisotones—, se dispuso a regresar sin demora a su casa, un palacete en la esquina de la calle del Candil, en pleno corazón urbano gaditano.

A paso vivo subió, junto con Antoñita, por las calles del Botín y del Calvario hasta La Alameda, giró por la calle del Aire hasta la

del Tinte y se plantó en su mansión al mismo tiempo que un estruendo sobresaltaba a los viandantes, que corrieron a ponerse a cubierto. Era una bomba francesa, que debía de haber caído cerca. Aunque la artillería gala llevase disparando todo el día sin provocar muchos daños, en esa ocasión Blanca temía que hubiera hecho diana. Antoñita, inquieta, aporreó la puerta con la aldaba y esperó a que Tomás, el viejo mayordomo, abriese. El aire arrastraba con nitidez los gritos; tal vez hubiesen destruido algún edificio o hubiesen matado a alguien. Aunque llegasen con cuentagotas —la mayoría de aquellas bombas se quedaban cortas y terminaban cayendo al mar—, no por ello resultaban menos intimidatorias.

—¡Por Dios, abrid a la señora! —Antoñita volvió a golpear, impaciente, la puerta con la aldaba, y una voz de barítono aturdido por las prisas respondió dentro. Tomás, como san Pedro con su maza de llaves, con sus pies gotosos y un candelabro en la mano, comenzaba a descorrer el cerrojo. Sus manos, cada vez más temblorosas por el reuma, daban torpes vueltas a la llave, que parecía una carraca de feria pasada de rosca. La poca visibilidad que había tampoco ayudaba. El crepúsculo devoraba la claridad a velocidad de vértigo. La noche caía.

—Voy, ama... Un momento —dijo el servidor mientras las mujeres se refugiaban en el portalón de hierro forjado en cuyo frontispicio resplandecía un escudo de armas.

La mansión de los Malvar relucía señorial, ajena al peligro y a la guerra, con aquel equilibrio arquitectónico que la hacía parecer inalterable al paso de los siglos. Ajena a las modas. En los trescientos años que había pertenecido a la familia, había sufrido pocos cambios y había mantenido la unidad de estilo. No era como otras: era un *collage* constructivo. A la luz del atardecer, el mármol rosáceo de su fachada respiraba y se reflejaba en la galería acristalada. Desde su azotea, los torreones permitían la vista panorámica de la bahía.

Blanca dedujo que su familia debía de haber regresado ya de sus quehaceres, porque se veía luz en las ventanas. El quinqué azul del dormitorio de su tía Paz titilaba por la fachada oriental, mientras que por el balcón del salón huían retazos de conversación femenina. Una racha de aire condujo hasta allí un tóxico aroma a cenizas; el humo hizo toser a Blanca y a Antoñita. La puerta se abrió cuando empezaban a resonar más disparos desde el baluarte

de la Candelaria, cerca de donde ellas habían estado esa tarde. Los españoles respondían a sus sitiadores con más metralla y fuego. En un permanente toma y daca. En un *strepitus mundi* ensordecedor.

—Señorita, su hermana la anda buscando desde hace horas. La espera en el gabinete jade.

Blanca entregó su sombrero al sirviente y entró en el cuarto; su hermana, Elsa, tres años más joven que ella, reía acompañada por su prometido, Rodrigo, y la tía Carlota. Los tres estaban ya aviados y esperándola para tomar el carruaje camino a la embajada británica.

—¿Se puede saber dónde diantres andabas? —exclamó su tía, contrariada—. Es tarde.

—¡Si quedan dos horas para la cena! Y la tía Paz ¿no viene con nosotros?

—Claro que viene. ¡Iba a perderselo...! Pero ha habido reunión extraordinaria de la Junta de Damas; ahora está arreglándose —recalcó con cinismo doña Carlota mientras daba un trago a la copita de Málaga que se había servido—. Elsa y yo nos hemos vuelto antes, pero ella no, ¡tenía que quedarse hasta el final! Al parecer, hoy tocaba sesión doble de catecismo...

—¡Ya ves...! —dijo Blanca, divertida. La Junta de Damas estaba colaborando activamente en el reparto y lectura en las parroquias y mercados del catecismo político aprobado por el Gobierno para insuflar valor guerrero en unos momentos tan críticos.

Al estilo de los catecismos religiosos, aquellos librillos aclaraban cuestiones de envidia, como si era cristiano matar franceses o qué significaba ser un buen patriota en las circunstancias en que estaban... Aquellas «policatequistas» —como las llamaba con sorna doña Carlota— eran un verdadero cuerpo de élite, un comando de acción inasequible al desaliento dirigido por doña Paz, cada vez más metida en su papel de Juana de Arco. Solo le faltaba la armadura. Por lanza, le bastaba la lengua.

—Por cierto, deberías haber asistido. No solo es descortés no hacerlo cuando has sido invitada..., es imprudente —recalcó su tía, mirándola de soslayo—. Más de una ha preguntado por ti. Les ha parecido muy vulgar que fueras a ver el desfile como esas busconas que coquetean con los soldados... Sí, sí, ya sé que son tremendamente aburridas —prosiguió al ver que Blanca iba a excusarse—,

pero no puedes borrarte de tus obligaciones. —Y aquello supo a seria advertencia. Con la fama de afrancesado que ya acarrea su prometido, el que Blanca no se dejase ver por esas reuniones podría dar pie a que alguien los tachase de traidores. Corrían tiempos dudosos, y la caza a las brujas era un deporte nacional...

—La tía Paz cumple por todas nosotras... Pero sí, iré la próxima vez. ¡Aunque son insufribles! Siempre hay que hacer lo que digan esas viejas marisabidillas. Jamás aceptan propuestas ajenas, es que ni las escuchan —terminó, resignándose, Blanca.

—Así me gusta... Chica lista. —La tía, sonriendo, se sirvió más Málaga de la licorera de cristal tallado de La Granja y le puso una copa a su sobrina.

Sus mejillas agrietadas se contrajeron como un fuelle, involucionaron al absorber el humo del cigarrillo, que quedó prendido de sus labios repintados. Doña Carlota comprendía bien a Blanca, y de buena gana le habría gustado no decirle nada, pero la edad le había dado la suficiente experiencia para entender que estaban jugando con fuego, y su sobrina podría complicarse tontamente la vida. Y vive Dios que, si alguien sabía lo difícil que podía llegar a ser vivir marginada, al este del Edén, era ella. No deseaba algo igual para Blanca.

—Contadme qué habéis hecho, de qué habéis tratado hoy —le preguntó Blanca mientras, en un impulso, apretaba su mano ajada y escuálida. Un suave crujido óseo la detuvo antes de que con su energía la rompiera. ¡Parecía tan frágil y la sabía, sin embargo, tan resistente...! Sabía que opinaba igual que ella sobre muchas de aquellas mujeres, y su consejo era por su bien. Sí, debía ser más prudente y no llamar la atención. No pintarse ella sola una diana en la espalda. Sería contraproducente para sus planes. Podría poner en peligro a mucha gente.

Carlota de Malvar destripó con humor los asuntos tratados esa tarde en la Junta y Blanca rio de buena gana. Doña Carlota era la hermana díscola de su padre, la portadora del título oficial de oveja negra de la casa. Había estado alejada del núcleo familiar un tiempo, reducto al que había vuelto, alegrando la vida de las chicas, al enviudar de un vulgar capitán. Adoraba a sus sobrinas en la misma medida en que aborrecía a su hermana Paz, a la que consideraba una hipócrita que había sacrificado su vida ejerciendo de santurrón

en causas varias. El sentimiento era correspondido. Doña Paz consideraba a su hermana una descerebrada, alguien que nunca había sabido cuál era su lugar. Una egoísta y una estúpida sentimental.

Blanca habló afectuosamente con su futuro cuñado, tan encopetado como siempre, y comentó con ambos los entresijos del desfile de esa tarde. El *show* británico, su puesta en escena, el recibimiento estelar al que solo le había faltado una alfombra roja... Una vez repuesta de la caminata, subió a cambiarse.

En su vestidor, con el brasero de picón encendido y aromatizado con ramas de espliego, el ambiente estaba caldeado. Una doncella la ayudó a quitarse el atuendo de calle y le masajeó los pies mientras otra le cepillaba el traje de noche. Para la ocasión Blanca luciría un vestido estilo imperio. Lo llevarían la mayoría de las damas que acudieran a la recepción, aunque hacía tiempo que todo lo que olía a francés estuviera estigmatizado en España.

A diario las gaditanas preferían seguir la moda nacional: redecillas y madroños, estrechos jubones, mantillas y abanicos... Pero en los bailes elegantes lo correcto era utilizar diseños al estilo internacional imperante. Blanca eligió esa noche uno en gasa de seda verde *sarvenet* bordado en plata que resaltaba sus ojos oscuros como el petróleo. Guantes interminables, delicados zapatos y una capa abrochada con un joyón completaban el atuendo. Dos esmeraldas vestirían sus orejas, y al cuello, por único adorno, una cinta de seda.

Elsa había elegido uno de crepé amarillo con cola y bordado floral, y doña Carlota, uno más acorde a su estado de viuda, en tafetán azul marino. Con la tía Paz nunca se sabía: tenía el mismo perímetro que un saco de trinchera, todo desparramado, y el buen gusto nunca había sido una de sus virtudes. Hablaban de ello cuando la aludida hacía su entrada en el gabinete. Su hermana la miró con un gesto inaprensible de burla en los ojos. Doña Paz parecía envuelta en papel de estraza, como si fuera un paquete, un pedazo de jabón o un trozo de jamón del colmado. De color marrón parduzco, su vestido la hacía parecer incluso más vieja. A ella aquello le traía al paio. ¡Bastante le importaba a ella que ese año se llevaran los escotes cuadrados!

—¿Cómo estoy? —quiso saber, más por cumplir que por interés real en conocer una opinión, y Rodrigo levantó el pulgar aprobándolo, su hermana dejó la copa en la chimenea y Elsa rio por lo bajo.

Preguntó a su sobrina mayor por su prometido—: ¿Vendrá Fernando?

Blanca negó con la cabeza. Fernando acudiría en el carruaje de su familia y se reuniría con ellos en la cena. Aquella contestación disgustó a doña Paz: le parecía desconsiderado. Lo adecuado era acompañar a la prometida de uno, ir a recogerla en su calesa, ofrecerle su brazo... Blanca sonrió al oírla refunfuñar. Sabía lo cuesta arriba que se le hacía comprender los comportamientos que se alejaran una pulgada de las estrictas costumbres que le habían inculcado, evolucionar con los tiempos, aceptar las nuevas modas cortesanas.

Parecía increíble que sus dos tías fueran hermanas. Eran polos opuestos. Si doña Carlota era la alegría de vivir, doña Paz era la calma; era todo orden y principios inalterables. Aquel carácter había chocado con el suyo pronto. La tía Paz temía que Blanca se pareciese demasiado a su alocada hermana y echase por tierra su futuro.

Doña Carlota había roto su compromiso con un noble jerezano para casarse con un pobretón oficial de Marina con el que se dio a la fuga y provocó un terremoto en su época. Aquello, según doña Paz, había matado a su madre. Los Malvar habían estado años sin hablarle, pero doña Carlota, poco a poco, había ido volviendo al redil hasta hacerlo al completo al quedarse viuda. Su hermano Higinio, el vizconde titular y padre de Blanca, se había mostrado generoso y le había permitido vivir con ellos, dada su escasez de recursos. Una vulgar pensión de viudedad resultaba demasiado exigua para cualquiera de ellos.

Desgraciadamente, su reincorporación a la vida familiar no había llegado a tiempo de salvar a Blanca del suplicio de tener que pasar años interna en un convento. La tía Paz había hecho de aquel asunto su particular *casus belli*, y había logrado salirse con la suya. Consideraba, y le había insistido en ello a su hermano, que la joven había tenido hasta entonces una pobrísima educación, y la falta de su madre, fallecida hacía mucho, resultaba notable en su comportamiento. Era vergonzoso que aún no tocase el piano con la maestría que de una Malvar se esperaba o que se dedicase a vagabundear por la comarca —pasaba largas temporadas en su cortijo de Chiclana cazando, escopeta al hombro, con su padre, en las salinas o metiéndose en el fango de las marismas—.

Don Higinio había hecho oídos sordos a aquella idea, pero la inesperada petición de Blanca de romper su compromiso de conveniencia con Fernando de Soto —acuerdo establecido entre familias hacía años— para elegir libremente esposo había obligado al vizconde a tomar cartas en el asunto. Preocupado por el carácter fogoso y las ideas modernas de su hija y persuadido por su hermana Paz de la necesidad de meter a esa chica en cintura cuanto antes, había decidido finalmente enviarla con sor Patrocinio, una vieja conocida de la familia, al convento del que esta era abadesa, en Conil.

Blanca no guardaba rencor ni a su padre ni a su tía, aunque aquella decisión hubiese acarreado consecuencias nefastas para ella. En realidad, no le habían mentado, y ambos habían tenido razón al asegurarle que allí aprendería lo que necesitaba saber una mujer. ¡Y vaya si lo había hecho! Aunque no fuera lo que ellos creían. Seguía sin dominar las técnicas de bordado —sus manos eran poco hábiles festoneando— o sin cantar con voz inocentona el ángelus, pero en cambio había aprendido bien lo que eran el amor, la pasión y el dolor del abandono. Entre aquellos recios muros, en el lugar más inadecuado del mundo, había vivido una experiencia que había arruinado su vida y agriado su existencia. Que la había trastornado y la había dejado tocada y hundida. Que la había sumergido en un pozo del que había tardado años en empezar a salir.

Blanca había descubierto demasiado pronto que una mujer no debía confiar jamás en un hombre; que el amor romántico era un fraude; que era preferible apostar por un matrimonio acordado en el que ambas partes tuvieran intereses semejantes porque así no habría desengaños, celos o esperanzas defraudadas. Si una iba con la verdad por delante, dejando traslucir las emociones, la utilizarían y harían daño... como a ella le había pasado. Durante años se había sentido incapaz de emerger a la superficie, volver a ser la persona feliz y confiada de antaño. Primero no había podido y ahora no quería. No podía. Aquella máscara que durante tanto tiempo había llevado consigo era ahora su capa de invisibilidad.

La lección había sido dura, de las que entran con sangre, pero la había aprendido a conciencia. Su cara, antes vital y expresiva, se había convertido en un antifaz y sus modales, antaño afectuosos, ahora eran altivos y distantes. ¡Y había dado resultado! Cuanto peor

trataba a algunas personas, más se esforzaban estas por ganarse su aprecio..., empezando por su novio.

Blanca había levantado un muro de protección a su alrededor y había renunciado a la pasión. Así había conseguido aparentar ser la perfecta y egoísta aristócrata y, al mismo tiempo, impedir que el amor volviera a colarse en su vida y provocara otro seísmo. Había sufrido, pero no se arrepentía de lo experimentado. Había sido una vacuna. Tal vez no volviese a enamorarse en su vida, y al menos podría morir sabiendo que había conocido lo que era eso.

Mientras se abrochaba la capa, pensó que la vida no podía ser más sorprendente. Lástima que todo hubiese terminado tan mal y aquel desengaño le hubiese causado un dolor tan terrible y un quebranto de salud, ¡pero es que había ocurrido todo de forma tan repentina que los acontecimientos la habían sobrepasado! No había estado preparada. Si hubiese sabido entonces más de la vida...

—Malditos gabachos... ¡Qué monserga todo el día con el pim-pampum, me tienen mareada! —dijo la tía Paz ya en la calle, donde un nuevo bombazo hizo eclosionar un escaparate. Muchos, en algunas zonas, se veían apuntalados o resquebrajados y vigilados por golfillos.

Fue decir «gabachos» y Blanca percibió la mirada de sabueso de su tía intentando capturar cualquier reacción suya, saber si aquel francés que conociera tiempo atrás seguía importándole viendo lo que aquellos gabachos les estaban haciendo. Ella lo había olvidado —se decía a sí misma—, aunque su tía fuera de las que creyeran que donde ha habido fuego siempre quedan rescoldos. No era su caso, pero no tentaría a la suerte; no se permitiría un solo pensamiento nostálgico sobre aquello. Driblaría aquella amenaza fantasma. No echaría leña al fuego.

Aunque tuvo que reconocer que aquel enjambre de franceses en el horizonte había hecho que volviera a recordar lo sucedido cinco años antes, ¡y malditas las ganas que tenía de hacerlo!, llevaba mucho tiempo sin dedicarle a aquel hombre un solo pensamiento, y nadie había vuelto a hablar de aquel asunto en un lustro. El disgusto había sido aislado, puesto en cuarentena. ¿Por qué volvían a aparecer los franceses por Cádiz?

Ese era un tema tabú en su casa. Su romance con aquel extranjero no se había conocido fuera del estricto ámbito familiar, y así

debía seguir siendo para no arruinar su reputación. El clan Malvar había hecho como si jamás hubiese existido, y ella creía haber pasado página, sorteado el abismo. Pero ahora no era difícil imaginar que él podría ser cualquiera de aquellos odiados galos que apuntaban con su arma a Cádiz. «¡Ojalá le pegasen dos tiros!», se dijo, pero inmediatamente sintió un escalofrío. Aunque quisiera ignorarlo, la sola mención de su nombre todavía era capaz de remover algo profundo y devastador en su espíritu.

Desde hacía días tenía el presentimiento de que Alexander volvería a cruzarse en su camino, que algunas alarmas se habían encendido y su corazón se estaba rearmando. Alguien parecía haber abierto el tapón de la botella, y el genio de la pasión pugnaba por escapar de su cárcel.

—¿Estamos todos listos? —preguntó Rodrigo mientras ofrecía, galante, su brazo a Elsa. Esta y su prometido parecían particularmente felices esa noche, y aquello hizo a Blanca sentirse envidiosa. Pensó, sentada ya en el birlocho, por qué ella no habría tenido tanta suerte, por qué no había podido contentarse con lo que tenía, como hacía su hermana.

—¡Arre! —gritó el cochero, y el carruaje se puso en marcha en dirección a la embajada británica.

La atmósfera urbana seguía siendo festiva. Gente por todas partes, vendedores ambulantes con sus carritos, pescadores que por una tarde habían abandonado el barrio de la Viña para disfrutar del espectáculo del desfile, marineros borrachos, fulanas ofreciendo sus servicios a troche y moche... El trayecto era corto, y en escasos minutos alcanzaron su destino. Una larga serpiente de carruajes esperaba su turno en los callejones adyacentes. Blanca vio a lo lejos el que lucía el escudo familiar de los Soto y a Fernando ofreciéndole el brazo a su hermana para entrar en el recinto.

Las Malvar subieron por la atestada escalera de mármol y aguardaron para saludar a los anfitriones. Allí estaban el regente, el general Castaños; el presidente de la Junta Central Suprema, Francisco de Saavedra; el gobernador general de Cádiz, el general Venegas; el capitán general de la Armada y responsable de las Fuerzas Sutilas de la bahía, don Cayetano Valdés; el jefe de la Escuadra española, don Ignacio de Álava; don Ignacio de Alvear y su hijo Carlos María; el general Lapeña y el héroe del momento, el gallardo y

joven duque de Alburquerque, que había entrado en Cádiz con sus hombres —los últimos contingentes del ejército de Extremadura— perseguido por el mariscal Víctor y había librado a los gaditanos de una ocupación inmediata. Otra importante representación de la Junta de Cádiz, con los prohombres más destacados cuyas fortunas mantenían el Tesoro Nacional, ocupaba ese día un segundo plano. Lo mismo que Juan Acisclo, el arzobispo de Cádiz, periodistas y cronistas políticos, intelectuales u hombres de negocios.

A la derecha del regente había tres tipos de rasgos extranjeros: un cincuentón con cara de caballo y sonrisa afable, el embajador británico saliente, sir Bartholomew Frere; su sustituto, un cuarentón de elegancia exquisita y gesto pétreo, Henry Wellesley, y el almirante Urban, que estaba al frente de la división portuguesa. Fuera del foco principal, el general Graham —que acababa de llegar para hacerse cargo de la Escuadra inglesa en Cádiz— hablaba animadamente con lord Campbell y lord Holland, un diplomático británico afincado en la ciudad desde hacía años que le servía de intérprete. Otro militar estirado, el general Stewart, y el cónsul británico en Cádiz, *Mister Duff*, completaban el grupo.

Una vez finalizó el saludo, las Malvar se unieron a los corrillos que había aquí y allá. Fernando de Soto se aproximó a su prometida y, saludándola con un cortés beso en la mano, la invitó a acercarse a uno de los desconocidos, y los presentó. Eran los diputados provinciales que estaban llegando a Cádiz —a pesar de las dificultades, al estar España ocupada por tropas imperiales y encontrarse todos los caminos cortados— para constituir en breve las Cortes. El parlamento donde se decidiría el futuro del país, o, al menos, de lo que de él quedase libre.

Entre estos había gente incluso venida de las colonias: representantes de los virreinos y provincias americanas, muchas de las cuales se había declarado en abierta rebeldía ya. En los círculos se hablaba de política, de guerra, de alianzas... Blanca, aburrída, decidió acercarse a saludar a otros conocidos, entre ellos a su futura cuñada. Marina de Soto era una quinceañera que, junto a su grupo de amigas, señalaba con su abanico de seda a los jóvenes oficiales británicos que había en una esquina. La barrera del idioma mantenía separados a estos del resto de invitados, aunque el objetivo de la gala hubiese sido el ahondar en el conocimiento mutuo.

—Parecéis entretenidas... ¿A quién miráis con tanto interés?
—preguntó, curiosa.

—¿Has visto a aquel pelirrojo con falda escocesa? ¡Es divino!
—suspiró Marina.

—No seáis tan vulgares —dijo Blanca, y su tono cayó como un jarro de agua fría.

—Para vos es fácil... —le recriminó Paulita de Solís—. Si yo tuviera un prometido tan guapo, no necesitaría mirar a ningún otro.
—Y las demás la secundaron, ofendidas.

Aquel comentario arrancó una sonrisa cínica a Blanca, que miró al aludido. Un grupo de damas rodeaba al que era uno de los caballeros más elegantes de la sala. Debía de ser la única mujer de todo Cádiz —pensó— que no había sucumbido a los encantos de aquel calavera. Fernando era de verdad atractivo, con aquel cabello oscuro como el misterio y unos ojos cristalinos como aquel mar suyo, un rostro apolíneo y un carácter afable... Tan paradisiaco como falso. Porque por debajo de aquellas aguas superficiales circulaban turbias corrientes, fluía el peligro. Y eso que a otras resultaba tan interesante a ella le disgustaba. Era el motivo, disfrazado de excusas varias, por el que había retrasado varias veces su boda; porque no se fiaba de él... ni de su padre. Don Eugenio de Soto era... ¡pufff!, materia oscura.

—Vuestra suegra os hace señas —interrumpió sus pensamientos una de las muchachas. Blanca se limitó a contestar, gentil, con un saludo de cabeza, pero sin acudir a su llamada. Doña Guiomar y ella se detestaban cordialmente, pero la madre de Fernando gustaba de disimular, de jugar a tratarla como a una hija querida. Blanca no le seguía el juego.

Sus relaciones nunca habían sido buenas. Doña Guiomar la había culpado de los problemas habidos en la pareja, ciega a los defectos de su hijo. Para ella nunca habían sido importantes las ausencias prolongadas de Fernando ni los rumores sobre su vida de crápula en la capital. El que los dos apenas se hubiesen visto durante años era, a decir de su suegra, lo de menos. El problema —pensó Blanca en ese instante mientras se refrescaba con su abanico de plumas de cisne— era que ambos seguían siendo, a pocos meses de su boda, tan extraños como al principio; dos personas que jamás habían conectado. Dos planetas que circulaban en órbitas distintas.

Fernando casi no había aparecido por Cádiz durante sus primeros años de noviazgo, y, cuando lo había hecho, había sido por pura cortesía; sin ningún interés real en conocerla o ganársela. La había tratado entonces con condescendencia, como la ignorante e ingenua niña que era, y ella se había sentido minúscula e invisible. Para una joven tan soñadora y apasionada como ella, aquel trato había resultado humillante. Fue por aquel entonces, y de eso hacía ya siete años, cuando ella intentó romper su compromiso, después de haber sabido por chismorreos el tipo de vida que su prometido llevaba en Madrid. ¡Había sido tan bochornoso que todo Cádiz la compadeciera, que se burlaran de su lástima...!

Y tanto tiempo después... —pensó en aquel momento—, ahí seguían. Su relación con él parecía haber estado predestinada al desastre desde el principio, pero, inexplicablemente, había sobrevivido a todas las tormentas. Había roto con él, después habían vuelto... Si el amor no la hubiese partido, si las circunstancias hubiesen sido otras, no habría sucedido..., pero ahí estaban ambos, a escasos meses de su boda atados por promesas diluvianas, catastróficas desdichas e intereses espurios. Cuando decidió no volver a enamorarse jamás y aceptar de nuevo a Fernando se precipitó, pero ahora era tarde para desdecirse. Tendría que apechugar con ello.

Ahora veía las cosas con más claridad, pero en aquel entonces, agobiada por la promesa a su padre, nerviosa por todos los cambios que se avecinaban en su vida, llena de rencor hacia Alexander, seguir con Fernando le había parecido el mal menor. Además, las presiones, indignas de don Eugenio, habían pesado lo suyo, aunque aquello nadie lo supiera. Blanca había preferido aparentar que aceptaba las reglas del juego y reconsideraba su noviazgo, pero aquel chantaje del padre de Fernando —se recordó a sí misma— se lo cobraría algún día.

—¡Ohhh! ¿Habéis visto a aquel Hércules rubio? —señaló Marina a un joven oficial embutido en unos leotardos blancos. Paulita señalaba al otro lado, donde un joven diputado liberal de cabellos largos y sonrisa franca estaba guiñándole un ojo; la muchacha, enrojeciendo, jugó a taparse los labios con su abanico de seda y a sonreír, coqueta.

Los comentarios subidos de tono de las muchachas devolvieron a Blanca a la realidad.

—Vamos, decid, ¿cuál os gusta más? —le insistió la joven Miguelina Ortiz—. Con nosotras no hace falta que disimuléis. Ya sabemos que es vulgar, pero a nuestros prometidos ya los tenemos muy vistos. Esto es más emocionante.

—Sin duda. Lo nuevo siempre genera expectac... —Blanca estaba contestando cuando un gesto demudó su cara de repente. Las trompetas del Apocalipsis la habrían asustado menos.

—¿Te pasa algo? —preguntó Marina. De la bandeja que ofrecía el camarero le acercó un ponche, y Blanca, algo repuesta tras darle un buen sorbo, contestó:

—Olvidaos de esos oficiales. Son escoria —escupió las palabras.

Las demás callaron, sorprendidas ante el inesperado tono crispado de Blanca, pero Marina le quitó importancia. Estaba acostumbrada al carácter de su futura cuñada, y lamentó que una mujer como ella, de apariencia tan sensual, tuviese un corazón de piedra.

—¡Pobre hermano mío...! —se limitó a decir con un suspiro mientras seguía flirteando sin pudor.

Con la respiración entrecortada, Blanca se aproximó al lugar donde sus tías charlaban con otras viejas comadres y desde un rincón poco visible disparó una mirada en ráfaga al grupo de oficiales ingleses que acababa de entrar. Eran cinco, con sus casacas azules, camisas, corbatas negras al cuello, calzones blancos, charreteras doradas e imponentes bicornios. Estaban sirviéndose un cóctel y charlaban entre ellos. El último, un tipo espigado de cabello claro y ondulado atado en una coleta, gesticulaba sombrero en mano ¡y parecía Alexander!

Blanca se frotó los ojos. O se estaba volviendo loca o aquel marino se parecía como una gota de agua a otra al hombre del que se había enamorado estando en el convento; el mismo en el que llevaba pensando toda la tarde... Era como si el pensamiento lo hubiese arrastrado hasta allí, como si lo hubiese invocado. ¡No podía ser! Era imposible. ¡Si además era inglés! Incrédula, lo persiguió con la mirada temiendo que aquella visión fuera un espejismo y en cualquier momento se desvaneciera como la pólvora en el aire.

Él pareció presentir unos ojos inquisitivos clavados en su espalda y miró en su dirección sin descubrirla. Sí vio cerca a lady Holland sentada, degustando un bocado, y se le acercó. Debían de conocerse, según dedujo Blanca por la familiaridad en su trato. La vieja parecía encantada de poder pegar con él la hebra.

Al rato, el hombre volvió a su grupo. Según pasaban los minutos, lejos de desvanecerse, la visión parecía ir cogiendo fuerza. Era él. El corazón de Blanca amenazaba con estallar en mil pedazos. Ahora, la que retumbaba era su bomba cardíaca. Había escuchado su carcajada y automáticamente se le había erizado la piel. Debía de ser él cuando todo su cuerpo reaccionaba como lo estaba haciendo. Temblando. Tal vez sus ojos dudasen, pero su corazón parecía tenerlo claro. De un trago se terminó el segundo ponche de la noche. El ardor del alcohol al atravesar su garganta la permitió rehacerse, coger aire.

—Blanca, dice doña Berta que, si has estado esta tarde en el desfile, se lo cuentes todo. Se muere de curiosidad —le pidió su tía Paz, y Blanca maldijo por lo bajo. Estar describiéndole a aquella cotorra el desfile era lo que menos le apetecía en ese momento.

Blanca fue lo más breve posible, y, cuando la curiosidad de doña Berta quedó satisfecha, volvió a su madriguera con otra copa en la mano y la intención de seguir escrutando los movimientos del misterioso oficial recién llegado. Dio un sorbo a su tercer ponche y comprobó que su grupito había salido al jardín a fumar. El ambiente en el salón estaba muy cargado, y tal vez necesitaran una bocanada de aire fresco. Sin pensárselo, aprovechó para acercarse a lady Holland. Tal vez no tuviera otra oportunidad mejor en toda la noche. Le preguntaría por él. Sería la forma más rápida de salir de dudas.

—*My darling*, la veo a usted muy blanca —le dijo con su peculiar acento la mujer, que, por lo demás, era bastante simpática.

—Sí, debe de ser el calor —contestó ella mientras se abanicaba intentando disimular el rubor.

—La semana próxima ofreceré un cóctel *in my house*... —dijo mezclando palabras en uno y otro idioma—. Espero que vengan, usted y su *family*.

—Se lo agradezco infinito, milady —contestó Blanca, aún sofofocada.

La conversación siguió por aburridos derroteros sin que la joven supiese cómo encauzarla hacia el tema que le interesaba. Lady Holland hablaba sin parar de lo bien organizado que estaba todo: de la cantidad de barriles de whisky que habían desembarcado aquella tarde de las bodegas del Sheraton o de la suerte que había tenido su esposo al poder ofrecer su casa como alojamiento a lord Wellesley en su primera noche en Cádiz.

Blanca hizo intento de intervenir, pero la mujer no daba pie y continuaba divagando sobre la presencia del rey José en Sevilla y las exigencias del mariscal Víctor al regente de rendición inmediata de Cádiz. Blanca tenía su propia opinión del tema, pero en ese momento, bañada en alcohol de cuarenta grados, no estaba para disertaciones militares. Envalentonada por el ponche, terminó por preguntarle por los oficiales recién llegados.

—¿Pero cómo, *my darling*, no se los han presentado aún? Espere y le pido a *my husband* que lo haga.

—No, no me refiero al general Graham o a lord Wellesley, sino a... aquellos —dijo avergonzada, refiriéndose a los que rodeaban al gemelo de Alexander, que habían retornado de nuevo al salón.

Lady Holland se entretuvo mirando con sus antiparras, y Blanca deseó poder gritarle que se diera prisa. Frente a ella, su tía Paz, la única que parecía haberse dado cuenta de su curioso comportamiento durante toda la noche, amenazaba con abordarla. Conociéndola, con lo entrometida que era, estaría como loca por saber de qué hablaban. Blanca temía que se acercase e interrumpiese la conversación. Tampoco era el único peligro. Al menos, como comprobó tras echar un rápido vistazo a la sala, Elsa solo tenía ojos para Rodrigo y Fernando seguía con su padre peregrinando de un grupo a otro. Por fin lady Holland logró enfocar la mirada y saber quiénes eran los jóvenes a los que su acompañante se refería. Empezó a nombrárselos; algunos eran hijos o nietos de conocidos suyos.

—... y el más bajo es Cedric Hayles, *grandson...*, cómo se dice..., el nieto del barón Rochester, amigo de la infancia de lord Holland; *very* encantador —dijo amablemente mientras degustaba un emparedado—. A su lado están el teniente Cameron y el hijo mediano de Albert Paddon, conde de Carrick —dijo, y esta vez señaló a Alexander.

—Perdón —la interrumpió Blanca sin contemplaciones—. ¿Aquel dice usted que se llama...?

—Ese es mi querido Alexander. Alexander Paddon —dijo mirándolo a través de sus anteojos y sonriendo—. Su padre es un hombre muy estricto. Mi esposo lo conoce bien de la Cámara de los Lores. En realidad, conocemos a toda su *family for a long time*. Conozco a Alexander desde que era niño. Un joven *excellent*.

—¡Ahhh! —exclamó Blanca, confundida—. Desde hace tiempo, entiendo... —Y lady Holland asintió.

—*Good people*. Buena gente, como dicen ustedes —insistió la inglesa—. Su hermano mayor está casado con una muchacha adorable, y su madre es pariente lejana mía.

—Gracias, lady Holland —dijo Blanca—. Tengo que dejarla; mis tías me requieren —mintió. Necesitaba salir pitando de allí y aclararse las ideas.

Había sido un espejismo, pero aquel hombre se parecía tanto a su Alexander ¡que incluso se llamaban igual! Aunque estaba claro que uno era francés y el otro británico, hijo de un conde... No podían ser el mismo. Bien mirado, este parecía más corpulento —siguió su mente incansable—. Claro, que durante aquellos meses el suyo había estado al borde de la muerte y su estado físico no había sido precisamente el de un hombre muy en forma.

Después de rescatarlo del mar, había estado semanas inconsciente. Aún lo recordaba con nitidez: el cráter de sus ojeras, la maraña de pelo que hubo que rapar para evitar los piojos, el cuerpo herido y famélico... No, era imposible que fueran el mismo hombre. Además, este parecía más alto. Su cabello también era más claro y ondulado, y, además, ¡qué diablos!, de ser él, la habría reconocido. Tampoco estaba muy segura de que la hubiese visto. Si se acercase..., tal vez pudiese salir de dudas, ver su reacción.

—¿Bailamos, querida? —la sobresaltó en ese momento su prometido.

Tan embebecida andaba en sus pensamientos que ni cuenta se había dado de que la música y el baile habían comenzado y Fernando estaba buscándola. Sin poder negarse, le entregó su mano y salió al centro de la pista como si cruzara un umbral. Durante un rato ejecutaron con destreza las contradanzas al tiempo que saludaban a otras parejas de su edad. Blanca apenas podía atender las conversaciones ni devolver los saludos: sus ojos buscaban sin parar al inglés, su instinto primigenio la hacía levitar, una desasosegante sensación la quemaba. Temía que abandonara la gala, desapareciese y la magia se evaporase...

«¿Pero para qué quiero que se quede?», tuvo que preguntarse, enfadada, a sí misma. Solo era alguien que, curiosamente, se parecía a otro hombre al que ella antaño había amado. Si fuera él, ya la habría

descubierto. Durante media hora había bailado sin parar en medio de la sala y había estado a la vista de todos los presentes, aunque, según comprobó de nuevo al escucharle reírse mientras su grupo volvía a salir, él no parecía haber echado un solo vistazo a los danzarines ni a las damiselas que se arremolinaban como torbellinos cerca de los oficiales con la esperanza evidente de que alguno las sacara a bailar.

«Sí, no; es él..., no lo es»; durante un buen rato no paró de deshojar la margarita al respecto. Tan pronto creía una cosa como la contraria. Aquello le dio jaqueca. Él, de ser él —concluyó—, jamás supondría que la joven interna del convento fuera la vizcondesa de Malvar. Ella nunca se lo había confesado, y, por tanto, él no la reconocería en ese papel. Además, físicamente, ella también había cambiado mucho. Quedaba poco de la vivaracha, sonrosada e inocente adolescente. Aunque la tuviera de frente, podía ser que no la recordase. ¡Si casi no se reconocía ni ella! Los nervios la empezaban a estrangular.

—¿Os pasa algo? ¿Os encontráis bien? Si queréis, puedo llevaros a casa. Durante toda la noche os he visto mala cara —le dijo Fernando—. No deberíais haber acudido al desfile, os ha agotado.

—Puede ser. Me duele algo la cabeza —añadió, y en ese momento no mentía. La tensión la tenía agarrotada. No sabía si reírse a carcajadas de su estúpida confusión o seguir indagando sobre el misterio, sobre aquella cascada de coincidencias. Finalmente decidió que era una locura y pidió retirarse. Mientras Fernando se acercaba a comunicárselo a la familia, Blanca, incapaz de ofrecer conversación a nadie, salió al jardín. Necesitaba recuperar el pulso.

Después de pensar en él esa tarde, ahora, sugestionada, le había parecido ver su fantasma. ¡Sí, eso debía de ser! Ambos guardaban un gran parecido e incluso compartían el mismo nombre, pero era imposible que fueran el mismo tipo. Debía terminar con esa estúpida idea. Pero ¿y si era él? ¿Y si de repente volvía a respirar en la misma habitación que ella? ¿Y si su voz podía volver a calentar su vida? ¿Qué significaba? ¿Que era un espía? Cayó de golpe. «¿Ahora o entonces? Debió de ser entonces, puesto que lady Holland lo conocía hacía tiempo». ¿La engañó durante su convalecencia después de Trafalgar? ¿Lo suyo fue todo mentira? ¿Justo él, que conocía su secreto...? Y aquello la hizo temblar.

—¿Estabais aquí? No os veía —le susurró al oído su prometido—. Abrigaos o enfermaréis. Ya está el carruaje en la puerta. Salgamos. En cuanto lleguéis a casa, acostaos y descansad.

Blanca no rechistó; se despidió de sus tías cuando de uno de los pasillos laterales que daban acceso a la sala de juegos le salió al encuentro un grupo de oficiales ingleses armando jarana. Uno de ellos, el más bajo, llevaba la cara colorada y los ojos inyectados en sangre como un vampiro. Blanca supuso, por su tono rabioso, que debía de haber perdido una buena suma a la ruleta y que sus compañeros se burlaban ahora de él.

El encontronazo involuntario cortó de forma abrupta las risas. Blanca comprobó cómo el hombre que había ocupado todos sus pensamientos estaba ahora frente a ella, a escasos centímetros. A la altura de sus ojos. Mientras los demás se disculpaban, Blanca percibió la tensión en el ambiente, el gesto incrédulo de él, su mirada a medio camino entre la sorpresa y la alucinación. Incluso, le pareció leer en sus labios su nombre: *Blanche...*, como él le decía.

Entre el mar de *sorrys* que se dijeron, ella solo pudo percibir con nitidez el suyo, y entonces sí que reconoció su acento. Como si su voz la llevara incrustada en alguna región olvidada del cerebro. Nadie excepto él hablaba con ese sonido lánguido y sensual...

—*Sorry for the awkwardness, milady* —repitió él, pasmado, mientras seguía interrogándola con la mirada.

Los ingleses iban algo bebidos, y una vez se disculparon, trataron de continuar su camino. Fernando les daba la espalda y, cogiendo del codo a Blanca, tiraba de ella hacia la puerta. Blanca comenzó a caminar con el corazón bombeándole como un lanzagranadas; sabiendo que detrás el inglés seguía quieto, en *shock*, intentando certificar lo mismo que ella había hecho toda la noche: si era o no ella. Si era una aparición.

Él escuchó las voces de sus colegas llamándolo, pero no se movió. Parecía clavado al suelo de la embajada. Engullido por tierras movedizas. Sentía que volvían a sangrar heridas cicatrizadas hacía mucho tiempo. Recuerdos de otra guerra. Esta, personal.

Al salir, mientras un lacayo atendía a Fernando y el carruaje emergía de entre la niebla, Blanca no pudo evitar echar un último vistazo al interior; allí continuaba él convertido en estatua de sal. Al girarse, él hizo un amago de acercársele, pero su dura mirada lo

paró. Un instante después la vio desaparecer succionada por la negatividad de la madrugada. Como si la cabeza le pesara demasiado, el inglés se reunió con su grupo, pero ya no volvió a beber más. El alcohol —pensó— debía de haberle jugado una mala pasada.

Fuera, la vizcondesa de Malvar se acomodaba en el carruaje mientras su prometido pellizcaba de la caja de rapé una pizca y se lo introducía por la nariz. Después de estornudar, Fernando se recostó sobre el acolchado asiento en silencio; ambos continuaron sin hablar: ella, más pendiente del frenesí que le corría por las venas que de su futuro marido; él, de poder regresar a la fiesta.

El viento de la tarde se había intensificado, había cogido carrerilla. Una atmósfera goteante lo empapaba todo. Olía a salitre, a barro y a lágrimas. Con la cara pegada al frío cristal y los ojos cerrados, ajena a su prometido, que desde el asiento de enfrente la miraba de vez en cuando, dejó vagar sus caóticos pensamientos. Era Alexander Perrin... y ni se apellidaba así, ni era de Nantes, ni procedía de la pequeña nobleza rural dedicada al comercio de vinos, ni la había querido nunca... ¡Era inglés, y el hijo de un importante conde! ¡Pero era él! ¡Su intuición no la había engañado! ¡Alexander estaba en Cádiz! Su peor pesadilla se había materializado. La vida, que le había pisado el cuello y hundido durante tantos años, ahora la sacaba de las profundidades.

Su mente no paraba de hacer conjeturas, de pensar cómo se comportaría ante él de ese día en adelante..., porque era fácil que volvieran a coincidir en cualquier acto. «¡Eres estúpida —se recriminó a sí misma—. ¡No pasará nada! ¡Harás como que no lo conoces y punto!». «Como si fuera posible», añadió para sí en silencio, y después intentó sonreír a Fernando, que le advertía de que estaban aproximándose. Oía su voz como un eco lejano, aunque estuvieran pegados.

Aunque iba sentada, notaba que sus piernas temblaban, y se preguntó si sería capaz de disimular y salir del coche una vez llegara a su destino. Instantes después lo hacía. Fernando, que había respetado su silencio, la ayudó a bajar y después regresó, en un mutismo total, al vehículo. Volvería a la fiesta y aún tendría tiempo de tomarse algo. Blanca, agotada por las emociones, se despidió y, ya dentro, en el recibidor, entregó sus pertenencias al servicio. Se disponía a subir a su dormitorio cuando el mayordomo la interrumpió.

—Señorita, tiene visita. Es ese truhán... La espera en la biblioteca. Malas compañías, ama, si me permite decírselo.

—Está bien, Tomás... —dijo ordenándole callar con un gesto cansino—. ¿Pero ahora? ¿Hay algo urgente? —preguntó, inquieta. Decidida, como si se hubiese recuperado de la jaqueca de golpe, abrió la puerta y vio a Genaro Pineda. Removiendo las ascuas de la chimenea con un atizador, degustaba un brandy que se habría servido él mismo de la que fuera la licorera favorita de su padre. La saludó, cortés.

—¿Qué demonios ocurre? ¿Está loco, viniendo a mi casa a estas horas de la noche? —Solían verse en el depósito de vinos que había pegado a la taberna del Cirilo, dos calles más abajo—. ¿Ha sucedido algo? ¡Dígame! ¿Está mi gente bien en el cortijo? ¿Se ha podido sacar el ganado?

—Sí, señora... Tranquilícese. Están todos bien... de momento. Crispín y los demás consiguieron salir a tiempo *pa* Sierra Morena y llevarse el ganado no solo de usía, sino de otros vecinos. También lograron sacar la cubertería y demás cosas de valor transportables. Contactamos sin problemas con los hombres del general Beginés —dijo refiriéndose al mando español que estaba organizando tropas irregulares en la zona—, y alguno de ellos se unirá a sus filas. Crispín dijo que regresaría a Las Piñas, tal y como usía le ordenó. Los caballos y los sacos de harina, como puede suponer, han sido muy bien acogidos. No están sobrados —dijo mientras mordía la punta de un cigarro y lo encendía con un ascua.

—¿Han ocupado los franceses ya todo el pueblo? ¿Han entrado en Las Piñas?

—En Las Piñas no... De momento. El pueblo está a reventar. La ermita se ha convertido en el cuartel general de Victor. Ese condenado ya ha arrasado con todo lo que ha podido —dijo dando una profunda calada al puro y soltando el humo en forma de aros—. Han ocupado casi todas las casas señoriales, y embargarán aquellas cuyos propietarios no se presenten en la próxima semana y juren su lealtad a Pepe Botella —dijo utilizando el mote popular del rey José I— y las nuevas leyes.

—¡Desgraciados...! —maldijo Blanca por lo bajo—. ¡Canallas!

—Eso no son formas de hablar *pa* una señorita... —contestó el otro, divertido, pero ella le hizo callar con una mirada glacial—. Veo que no está usía *pa* bromas... Tiene mala cara.

Blanca hizo sonar la campanilla y Maruja le llevó un vaso de leche con un chorro de brandy. Recostada en el sillón de piel, masajeadose la frente en un intento por recuperar la lucidez y la serenidad que le habían faltado toda la velada, preguntó al contrabandista si quedaba algún conocido en Chiclana, el pueblo al que se referían y en el que los Malvar tenían su cortijo y donde muchas familias adineradas de Cádiz poseían residencias campestres.

La suya incluía una magnífica casa de campo, varias ganaderías, una cuadra, tierras, una explotación de salinas y dos molinos. Justo debajo de uno de estos, Blanca había ordenado hacía unos meses —cuando se supo del avance francés en Andalucía— abrir el túnel excavado hacía años y adecentarlo como refugio secreto. Nunca estaría de más contar con algún lugar donde pudieran esconderse aquellos patriotas que huyeran de los franceses.

Pero la cosa se le había ido de las manos. Su gente, adiestrada por Pineda, llevaba tiempo sacando a cientos de huidos, cobijando a hombres cuya cabeza tenía precio... y, por lo que sabía, saboteando, robando lanchas francesas —perdidas en ese laberinto de marismas— o interceptando comunicados enemigos. A los nervios de Blanca por que tanta gente ya en Cádiz supiera del sello con la cabeza de flamenco, heredado de su madre, que usaban para verificar los salvoconductos, ahora se unía que Paddon hubiese visto dicho objeto tiempo ha.

Si no se presentaba ante José I, podrían tener la excusa perfecta para confiscarle todos sus bienes, y no podrían seguir usando los refugios ni los pasadizos. Blanca no le había dicho nada a su familia; no quería preocuparles, pero consideraba que su obligación moral para con todos aquellos paisanos que no pudieran trasladarse a Cádiz y tuvieran que resistir en zona ocupada era proporcionarles al menos lo necesario para poder protegerse. Comida y medicamentos —que Pineda transportaba en su falucho hasta allí—, así como información y todo tipo de certificados falsificados para los más buscados.

—Quedan pocos caballeros... —dijo el hombre levantándose, asomándose a la calle a través de las pesadas cortinas con flecos. Llevaba unos calzones ajustados, con botones, a sus robustas piernas, que parecían dos troncos; botas altas, camisa de anchas mangas y un chaleco negro. Al cuello, un pañuelo con un nudo medio

deshecho, y en la cintura, una faja de donde sobresalía el mango de una gran cachicuerna cuya hoja de acero debía de medir más de un palmo. La barba de varios días acentuaba su dureza, y redefinía sus mejillas hundidas y cadavéricas. Tenía una nariz que semejaba una aleta de tiburón, y llevaba el pelo atado con un cordel en la nuca. Imponía, pero no a ella, que lo conocía hacía tiempo y lo había contratado en más de una ocasión.

De profesión, contrabandista, Pineda era en esos tiempos un hombre muy valioso. Un comodín, un as en la manga. Desde hacía meses cumplía las tareas que Blanca le había encomendado —y pagado—. Era su brazo armado.

—Si está pensando en ir, no se lo aconsejo —le dijo—. Solo es una trampa legal para poder quedarse con todo... Pero, vaya o no, lo harán de igual modo. Solo conseguirá que la detengan... O aún peor, que la ahorquen. Micaela, la cocinera, o alguna mujer de su servicio podrían pasarse por *usté*. La quieren una *jartá*.

—¡No sea estúpido! No engañarían a nadie. Ni siquiera saben leer o escribir. Los franceses son franceses, no imbéciles. Las descubrirían y tomarían represalias. Si es necesario, iré yo... ¿Y del convento en Conil qué sabe? ¿Lo han cerrado como han hecho con otros? ¿Siguen allí sor Patrocinio y el resto de monjas y novicias?

—Sí..., pero lo han tomado. Como hospital, y las monjitas, más que otra cosa, son prisioneras. Su amiga Azucena ha sufrido una recaída. La sor me manda que le diga que está mejor.

—¿Ha enfermado? ¿Está seguro de que está mejor? —siguió ella insistiendo, ante lo que el hombre hizo una tenue elevación de hombros y tiró la colilla a la chimenea.

Iba a ajustarse el sombrero calañés y a echarse la manta zamorana por encima para irse cuando Blanca lo retuvo. La idea de ver a Azucena, asegurarse de su estado de salud y al mismo tiempo hablar con ella se acababa de abrir paso en su mente. Necesitaba tratar con alguien de la reaparición de Alexander, y ella era la única en el mundo con quien podría hacerlo libremente, sin tapujos. Junto a ella había estado el día que encontraron al naufrago moribundo, escupido por las olas a la playa, herido en la batalla ocurrida el día antes cerca de cabo Trafalgar. Tenía que verla.

—También quería decirle —interrumpió el contrabandista sus pensamientos— que a partir de ahora no podré estar a su disposición

siempre que quiera: me voy a unir a las guerrillas de mar —dijo usando el rimbombante nombre que la Regencia había dado a los voluntarios, en su mayor parte contrabandistas y piratas, que ayudasen poniendo a disposición del Estado sus propias embarcaciones, fueran estas pequeñas o grandes y estuvieran en el estado en que estuvieran—. Solo entre servicio y servicio podré seguir cumpliendo sus mandados.

—No le hacía tan patriota... Me sorprende —dijo Blanca—. Pero espero que, sea como fuere, pueda seguir contando con usted; si no siempre, al menos de vez en cuando. Lo que nos traemos entre manos es peligroso y complejo. No puedo de repente empezar a confiar en gente a la que no conozco de nada. Y se me antoja mucho para mis criados. La red ha crecido demasiado.

—Sí, eso iba a decirle. Pare. La cosa está descontrolada. Y si, como me comentó hace dos días, Valdés va a empezar a anegar la zona, podríamos caer por el propio fuego de los nuestros: en la oscuridad de la noche no se apreciará bien quiénes somos. Podrían bombardearnos. No se complique la vida. Ha sido *usted* muy valiente ayudando a esa gente, pero póngase a un lado ahora.

—No puedo.

—¿No puede o no quiere, niña? Mire que salir de la seguridad de Cádiz es cruzar un umbral que tal vez no tenga retorno. Allí fuera no hay *naiide* seguro.

—Aquí tampoco. Ayer desparramaron los sesos de mi vecino el sastre de un bombazo. La tienda se ha venido abajo. Esta vez llegó con resaca la explosión.

—Con más motivo. Déjeles esto a los profesionales... No descansaremos hasta que no quede ni un puto *mesié* en la bahía. Les vamos a meter a esos gabachos su chulería por el oje...

—No hace falta que sea tan soez..., me hago cargo —dijo ella interrumpiéndolo—. Antes de que se ponga al servicio de Valdés, convendría llevar más avituallamiento, más medicinas.

—Por cierto, sus criadas se negaron a entregarme los sacos que les pedí; debieron de temer que me los quedara y s...

—¡Maldita sea! ¿Acaso no dejé claro que usted era MI —re-calcó— enviado?

—Los tiene bien enseñados, señora.

—Ya... ¿Cuándo regresa a la zona?

—Mañana mismo. Por eso, porque he quedado al alba, he venido esta noche a informarla a *usté*. Requieren mis servicios en otro sitio.

—Les pagaré bien —dijo estimulando su avaricia—. Prepárenlo todo. Iré con usted. Haga lo que tenga que hacer, pero lléveme primero a Conil y luego a Chiclana. No, no admito negativas —dijo al comenzar el otro a buscar excusas para rechazar la propuesta—. Recuerde que tiene un acuerdo conmigo... y está a mi servicio. Lo hará y punto.

—Es una locura. Los franchutes no se andan con chiquitas. No existe más ley que la suya, y no respetan a nada ni a *naide*. Tampoco a las damas. Bueno, me parece que a estas, menos que a *naide*. Todo el arco de la bahía es el frente, y disparan metralla sin preguntar antes quién va. En algunas calas tienen ocultas lanchas incendiarias, y los accesos están cortados. Solo llegar es arriesgado... Estar allí, más. Hay soldados por todas partes. Insisto: es muy peligroso.

—Vivir es peligroso —le contestó ella—. Le agradezco que me informe de cómo está la situación, pero nadie conoce mejor que yo esas tierras. Me las he pateado miles de veces; sabré llegar a donde me dirijo. Necesitamos asegurarnos de que tanto el convento como el sótano del molino se puedan seguir usando como refugios para los nuestros. Si hay que bloquear algunos canales, desobedeciendo a Valdés, lo haremos. Los dos caños que se verían afectados no impedirán a Valdés estrangular a los franceses e impedirles asentarse en las desembocaduras o acercarse al arsenal de la Carraca —dijo, vehemente.

Pineda la miró, curioso y sorprendido. Si le había gustado trabajar con ella todo ese tiempo era porque, a pesar de su apariencia de damisela engreída, era una persona muy fría y racional que nunca proponía tonterías. Hasta ahora. No sabía qué bicho le habría picado, pero le daba el palpito de que no era solo lo de Valdés, lo de José I o la necesidad de reorganizar la red de evasiones. Le ocultaba algo.

—Si no queremos que inunden nuestros refugios, debemos asegurarnos de que las zonas anegadas sean otras. Sé dónde están ubicados todos los abrevaderos, los desagües, las presas... Tengo que saber en persona cómo marcha todo y traerme a Cádiz a los criados de mi casa que quieran venirse conmigo.

El hombre siguió poniendo pegas sin comprender la abrumadora sensación que embargaba a su patrona. El cúmulo de sucesos del último día amenazaba con desmoronar su mundo. El muro que

durante tantos años la había mantenido aislada del peligro acababa de caerse de un soplido. Su corazón, su vida, su fortuna, su nombre, su hacienda, su gente..., todo pendía de un hilo. De repente entendía que no podía seguir encerrada en su cascarón sin mancharse, sin remangarse. Que tendría que salir al mundo, atravesar las grandes aguas, cruzar ese peligroso umbral del que Pineda le hablaba y tocar tierra en algún sitio. Ese umbral podría significar la vida o la muerte, cierto, pero también la diferencia entre la plenitud y el vacío.

Nunca había hecho nada de eso por darse importancia, no pretendía salir en las gacetas ni pasearse, mantilla en ristre, de iglesia en iglesia en rogativas. Su ayuda solo había sido un inicio del deshielo —ahora sabía— que acontecería. Y debería haberlo visto venir, porque esa mañana se habían acumulado las señales: el susto que se había dado al creer perdido el anillo del flamenco; el reencuentro después de años con María Ramos, otra de las internas de aquel fatídico día en que el mar no paró de vomitar muertos en sus playas; el azul apocalíptico del océano, lo mucho que había pensado en él de repente...

Llevaba años vacía. Blindada emocionalmente, sin capacidad de respuesta. Como encerrada en una cripta, presa de algún encantamiento como las princesas de los cuentos de cuando era niña. Pero lo que no habían podido ni su familia, ni el tiempo, ni su novio, ni su próxima boda ni su compleja vida social lo había logrado la guerra: ponerlo todo otra vez patas arriba. En ese momento no sabía si sentía más miedo que deseo de ponerse en marcha, de recuperar las riendas de su vida, que durante tanto tiempo había dejado tiradas por el suelo.

—Rápido —dijo Blanca entregándole a Pineda sus cosas—. Márchese. Ahí vienen mis tías, y no deseo que lo vean. No quiero que sepan lo que nos traemos entre manos... Se preocuparían.

—Pues si va a dar ese paso y va a abandonar Cádiz jugándose la vida, deberían saberlo...

—Haga lo que le digo —dijo ella, seca—. Cuanta menos gente sepa lo que hacemos, mejor. Esto no es un juego, y Cádiz es un nido de espías. No me fío ni de mi sombra. Espéreme donde la otra vez. En el embarcadero de la Hijosa, junto al arrecife. Antes del alba estaré allí. Háganme un hueco en su gabarra.

—¡Maldita terca! —musitó él por lo bajo mientras ella desaparecía de su vista.